

# Irresistible

Conchi Liébana García



**tombooktu.com**

[www.facebook.com/tombooktu](http://www.facebook.com/tombooktu)

[www.tombooktu.blogspot.com](http://www.tombooktu.blogspot.com)

[www.twitter.com/tombooktu](http://www.twitter.com/tombooktu)

#irresistible

**Colección:** Tombooktu Erótica  
[www.erotica.tombooktu.com](http://www.erotica.tombooktu.com)  
[www.tombooktu.com](http://www.tombooktu.com)

Tombooktu es una marca de Ediciones Nowtilus:  
[www.nowtilus.com](http://www.nowtilus.com)  
Si eres escritor contacta con Tombooktu:  
[www.facebook.com/editortombooktu](http://www.facebook.com/editortombooktu)

**Título:** Irresistible

**Autor:** © Conchi Liébana García

**Elaboración de textos:** Santos Rodríguez

**Revisión y adaptación literaria:** Teresa Escarpenter

**Responsable editorial:** Isabel López-Ayllón Martínez

**Maquetación:** Patricia T. Sánchez Cid

**Diseño de cubierta:** eXpresio estudio creativo

Copyright de la presente edición en lengua castellana:  
© 2014 Ediciones Nowtilus S. L.  
Doña Juana de Castilla 44, 3º C, 28027, Madrid

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra ([www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com); 91 702 19 70 / 93 272 04 47).

**ISBN Papel:** 978-84-15747-47-5

**ISBN Impresión bajo demanda:** 978-84-9967-613-5

**ISBN Digital:** 978-84-9967-614-2

**Fecha de publicación:** Mayo 2014

Impreso en España

**Imprime:** Servicepoint

**Depósito legal:** M-8657-2014

Vivir gozosamente es el mejor cosmético de la mujer.  
Rosalind Russell

El adulterio es justificable: el alma necesita pocas cosas;  
el cuerpo, muchas.  
George Herbert

# Índice



Capítulo 1 .....	11
Capítulo 2 .....	23
Capítulo 3 .....	35
Capítulo 4 .....	53
Capítulo 5 .....	71
Capítulo 6 .....	87
Capítulo 7 .....	105
Capítulo 8 .....	123
Capítulo 9 .....	149
Capítulo 10 .....	165
Capítulo 11 .....	189
Capítulo 12 .....	195
Capítulo 13 .....	213
Capítulo 14 .....	229
Capítulo 15 .....	237
Capítulo 16 .....	255
Epílogo .....	263

# 1

La piel se le erizaba de manera ininterrumpida y los suspiros se sucedían de manera imparable. Anhelaba salir de allí por encima de cualquier otra cosa. El deseo se apoderaba de ella con una magnitud que no podía ser comparada con nada. Era tenaz la angustia que recorría la filigrana de sus dedos; el rumor de su latencia, las pulsaciones percibidas a la altura de las sienes. Todo en ella invitaba a salir corriendo, y eso era precisamente lo que quería, pero hasta que eso llegara tenía que ser paciente, aguardar bajo una sonrisa a todas luces ensayada durante minutos delante del espejo y convencerse a sí misma de que era una mujer excepcional.

La reunión se había alargado hasta lo indecible, y nadie era capaz de lidiar con esa eterna lucha interna por mantener constante la atención y el ensimismamiento artificial de parecer interesado en lo que el señor Harris decía. Era un hombre poderoso, con el pelo blanquecino y un gran historial de triunfos a sus espaldas. Se definía como una persona triunfadora y dueño de la compañía, pero a ella no le importaba lo más mínimo. Era una de sus asesoras y permanecía allí por los incentivos, pero de buena tinta se habría levantado antes de empezar para ahorrarse todo aquel discurso que no motivaba a nadie.

Allí seguía; quieta, dócil, sumisa y dispersa, sentada en su propio sillón de cuero negro junto con los demás profesionales presentes en la sala de reuniones, aquel cubículo con paredes de cristal y ventanales enormes que mostraban los rascacielos

más imponentes de la ciudad de Nueva York. Su vestimenta era propia de una alta ejecutiva, con tacones altos, falda de tubo negra y blusa blanca abierta hasta un límite permitido. Era íntimamente atractiva, todo el mundo lo sabía y daba buena cuenta de ello. Su pelo castaño rojizo, que alcanzaba una longitud media, resaltaba a primera vista, y sus ojos mostraban un color a medio camino entre el verde y el azul. Su piel era delicada y clara. Sus labios eran finos y rosados. Tenía una figura esbelta y cuidada propiciada por horas de gimnasio nada más levantarse de la cama.

Había adquirido una fama poco habitual, asaltada por multitud de ojos de compañeros tanto de género masculino como femenino. Su sombra felina despuntaba énfasis para alcanzar el éxito, y las habladurías sobre su persona no dejaban de resaltar entre las paredes de la empresa. Unos decían que se acostaba con los hombres de más nivel; otros se limitaban a enfrascarse en un ritual de apuestas para certificar que era el tipo de mujer sin escrúpulos que estaba dispuesta a hacer lo que hiciera falta para aspirar a lo más alto. Podía hacer eso y mucho más, pero lo cierto era que Erika Osborn prefería extralimitarse con otro individuo allí presente, callado, con las manos entrelazadas sobre el regazo. Alto, pelo corto y rubio, facciones marcadas, hombros anchos, de ojos azules muy claros, sonrisa más que deslumbrante y un porte inigualable. Sí, desde luego con él todo era más sencillo. Había perdido la cabeza por acercársele, y cuando todo comenzó, se dio cuenta que no le importaba rebajarse si a cambio conseguía atención por su parte. Vestía con ese elegante traje azul oscuro con corbata a juego que a Erika tanto le gustaba. Ese hombre tenía muchas cualidades para gustar, engatusar y obsesionar, pero a ella le atraía la fuerza contenida de su cuerpo, el vaivén de sus emociones y un sinfín más de aspectos indescriptibles. Por eso mantenía una aventura irresistible con él, Cameron Moore, de treinta y cinco años de edad y las ideas más claras de lo que nadie pudiera imaginar.

Evitaban mirarse más de lo debido, pero a veces la tensión resultante entre ambos era tan eléctrica que no podían con ella; sencillamente sus ojos conectaban y, a partir de ese momento, todo lo demás dejaba de tener cabida en sus mentes. Acorralados por el furor y el deseo ciego de sentirse cerca, sus respectivas

pieles vibraban como si el mundo fuera a acabarse de manera inminente.

Erika volvió a la realidad cuando el señor Harris dio por concluida la reunión. Todos se levantaron y ella hizo lo propio, alisándose disimuladamente la falda y comenzando a moverse de forma tan sensual que todos sus compañeros masculinos rodaron sus ojos descaradamente para observar semejante espectáculo de piernas largas y frenesí incomparable. Se hizo paso tan bien como pudo y alargó la mano para asir el asa de la puerta de cristal de la sala, pero alguien se lo impidió. Ladeó la cabeza para averiguar quién era y no pudo evitar sentir una tensión agradable a la altura del vientre.

Esos ojos azules se le clavaban en su alma, y con todo el dolor del mundo, no tuvo más remedio que disimular.

—Señorita Osborn —murmuró Cameron, abriéndole la puerta con una caballerosidad nada habitual en los demás—, después de usted.

Complacida, se contoneó hacia el pasillo y tomó rumbo hacia los ascensores. Después, mientras esperaba a que las puertas dobles de acero se cerraran con ella dentro, pudo volver a encontrar esa mirada que encendía su corazón en un instante. Se relamió los labios y trató por todos los medios de calmar su agitada respiración, propia de aquellas adolescentes que perdían el control por saberse el centro de atención por un fugaz segundo. Se revolvió el cabello mientras bajaba los pisos con gran velocidad. Nadie había solicitado la parada del ascensor, así que no tardó demasiado en llegar abajo. Accedió al aparcamiento y caminó hacia su coche mientras el eco de sus tacones retumbaba por todo el perímetro de asfalto. Estaba cansada, pero mantenía un rumor constante de energía extra sabiendo lo que le aguardaba al final del día. Obtendría una grata recompensa que sobrepasaría todo lo establecido. Resultaría absolutamente complacida. Siempre obtenía exactamente lo que quería, y en mitad de ese solitario estacionamiento, sonrió por ello.

Abrió con delicadeza la puerta de su exclusivo Mercedes SLR 722 de color negro y suspiró. Justo antes de meterse dentro, y ante un vistazo casual, se dio cuenta de que había un pequeño trozo de papel sujeto en el parabrisas de la luna delantera. Dio un paso y alargó el brazo para cogerlo. Su vitalidad se removió

enormemente al procesar el pequeño mensaje que, si bien no era extenso, abarcada todo un abanico amplio de posibilidades con sólo leer entre líneas.

Pasaron varios minutos, pero ella todavía seguía allí. Decidió echarle un último vistazo a la nota antes de abandonar el lugar. Sus ojos recorrieron rápidamente cada una de esas letras sigilosas y mudas escritas de puño y letra por su admirador más profundo y secreto:

«Te espero a la misma hora, en el mismo sitio y con las mismas ganas».

Tú ya sabes quién.

Suspiró como alguien que no tiene nada que perder y se sentó justo delante del volante. Arrancó el voraz motor y dio vida a todos esos caballos que hacían de su vehículo una verdadera joya sobre ruedas. Giró varias veces hasta dar con la salida, y la luz de media tarde de Manhattan pareció darle la bienvenida a la ciudad, aunque no la había abandonado en ningún momento, pero ahora adoptaba un semblante más ocioso, y todo porque tenía en mente un arsenal de emociones palpitantes y a punto de explotar.

Se dirigió rápidamente a su apartamento de la Quinta Avenida, y cuando cruzó el umbral dejó la chaqueta y el bolso en una silla y comenzó a desvestirse para acceder a su amplio cuarto de baño, un espacio totalmente pulido de color blanco, aséptico y neutral. Se quedó observándose en el alargado espejo en forma de elipse y se mordió el labio pensando que, en tan sólo unas horas, su boca estaría ocupada con otra, su premio de consolución para ese duro día de trabajo y negocios en la capital del mundo.

El agua caliente le relajó los músculos y despejó la tensión de sus hombros. Dejó salir el aire y sumergió todo su cuerpo bajo ese líquido transparente. Adoraba los baños largos, con mucha espuma, sobre todo porque eran los precedentes para otro día inolvidable que ya quedaría grabado a fuego en sus neuronas. Volvió a respirar el aire y se acarició el brazo, deseando profundamente que fuera Cameron quien lo hiciera. Le atraía de una manera sin precedentes. Había estado con muchos hombres,

incluso estuvo al borde del matrimonio, pero todo eso no era para ella. Le gustaba vivir al límite y lo sabía apreciar todo lo bien que podía. Su lista de conquistas y amantes era bien numerosa, pero desde que le conoció, hacía ya algo más de un año, las cosas habían cambiado. Se consideraba abierta a todas las posibilidades, pero desde que descubrió a ese hombre rubio de talento magistral, tanto en lo íntimo como en lo profesional, zanjó de golpe todas las demás relaciones de noches continuas de encuentros pasionales. Había dejado de estar disponible, y aunque no les ataba ningún compromiso verdaderamente serio, se resistía a dejar de verle. No podía; era como una droga, la medicina diaria para hacer que perdiera los papeles. Sucumbía de manera permanente en cada uno de sus encuentros. Haría lo que fuera por mantener esa relación clandestina. Lo llevaban con toda la discreción posible. Nadie podía enterarse de lo suyo, ya que perderían más de lo esperado. En el trabajo probablemente abrirían una fisura sin retorno, pero en el terreno personal las cosas se desatarían con mayor énfasis. No era por Erika; seguía soltera y así era como se veía en el futuro, sin el obstáculo de darle explicaciones a nadie. El verdadero origen de la quiebra recaía directamente sobre Cameron; estaba casado desde hacía nueve años y tenía un hijo, Tommy, de seis. Nada podía salir mal, pero antes que preocuparse, decidió seguir relajándose antes de que el agua acabara por perder su temperatura ideal.

El reloj de pared dio las seis de la tarde y Erika ya estaba preparada para el siguiente paso. Había llamado a su amiga Bellatrix para que fuera a su apartamento y le diera su ya tan acostumbrado arsenal de masajes que le darían a su cuerpo un toque diferente y todavía más succulento. Esa era la regla de oro. Un encuentro con Cameron suponía un masaje reconstituyente. Ese día lo necesitaba con especial urgencia. Las manos expertas de su amiga de toda la vida le dejarían el cuerpo como nuevo. Eso era un aliciente a tener en cuenta.

Estaba en la habitación acondicionada para ello cuando la puerta principal se abrió. No había ninguna duda de quién era. Su amiga tenía un juego de llaves del apartamento por si lo necesitaba en cualquier momento. Se escucharon sonidos de pasos que se acercaban. La figura que apareció tras la puerta corredera de la estancia era muy peculiar. Bellatrix era alta, de compleción

muy delgada y con un aspecto particular. Pelo negro y cortado a capas, un pequeño aro en la nariz, sombras negras en los párpados y ojos oscuros. Vestía completamente de negro, y aunque a primera vista no resultaba gratificante, lo cierto es que era encantadora. Tenía veintiséis años, aunque aparentaba unos cuantos menos.

—Buenas tardes, Bellatrix —saludó Erika, dándole un caluroso abrazo.

—Hola, Erika. —Le guiñó un ojo—. Me parece que son más buenas para ti que para mí, ¿no es cierto?

Se pusieron manos a la obra. Erika había puesto música clásica de fondo porque era algo que le ayudaba a relajarse. Se servía del talento inmortal de Mozart para silenciar sus propios pensamientos. Se quitó el fino albornoz blanco y se tumbó desnuda sobre la camilla, bocabajo, respirando de forma más lenta.

Bellatrix se empapó las manos con aceites extremadamente caros y comenzó con la tarea. Sus manos expertas se movieron con especialidad sobre la espalda llena de tensiones y nudos inapropiados.

—Me parece que alguien ha tenido un duro día de trabajo.

—No sabes cuánto —gruñó Erika—. La reunión de última hora se ha alargado más de lo previsto y nadie ha podido escaparse.

—¿Otra vez el señor Harris dando la lata?

—Peor. Me cae bien, pero a veces no puede evitar ser un auténtico capullo —espetó—. Se pasa el día recordándonos lo bueno que fue.

—¿Acaso ya no lo es?

—Sí, por supuesto, pero admitámoslo. Ya no es un niño. Tiene setenta años, y por muy bien que tenga la cabeza, la edad pasa factura.

—Hablando de edad...

—¿Qué?

—Vamos, conmigo no disimules. Hay alguien en esta habitación que mañana cumplirá un año más, y creo recordar que no soy yo —rio Bellatrix.

—No puedo creer lo rápido que pasa el tiempo. Estoy a punto de cumplir veintinueve años —sonrió Erika desde su posición.

—Oh, Erika, por el amor de Dios. No lo digas así. Eres preciosa y lo vas a seguir siendo. La edad no tiene nada que ver.

—Sí, pero hecho la vista atrás y...

—Nada de eso. Tienes que mirar hacia adelante, ¿cuándo aprenderás? —Bajó las manos a la zona lumbar y siguió el masaje—. Tienes una vida ejemplar. Eres responsable y muy profesional. Ojalá fuera como tú.

—No digas tonterías, Bella.

—Por cierto, me avergüenza admitirlo, pero no te he comprado nada...

—¿Bromeas? No necesito que lo hagas —apuntó—. Eres mi mejor amiga.

—Precisamente. Las buenas amigas no hacen eso. No olvidan los cumpleaños.

—No lo has hecho. Es más, te has adelantado, así que olvídate de eso. Estos masajes son lo mejor que me puedes dar.

Estuvieron en silencio durante un par de minutos mientras ambas seguían a lo suyo, enfrascadas en sus propios pensamientos. Erika no dejaba de sentir el ligero roce de los nervios, que lejos de despejarse, aumentaban a medida que la tarde se alejaba para dar paso a la gran velada. Giró la cabeza hacia el otro lado y suspiró, lo cual dejó la puerta abierta para su amiga.

—Hoy va a ser otra noche especial, lo sé —murmuró Bellatrix reprimiendo su tono jocos—. Puedo verlo en tus ojos.

—Ya sabes que sí —respondió profundamente Erika con los ojos cerrados y tumbada sobre la camilla—. Me muero por verle.

—Ya le has visto esta mañana. De hecho, os veis todos los días. No creo que tengas tiempo de echarle de menos —dijo Bellatrix emitiendo una risita.

—Sí, pero no es lo mismo. No tiene nada que ver, son asuntos diferentes —alegó—. El trabajo es una pesadilla si se trata de pasar inadvertidos. Me vuelvo loca cada vez que le siento tan cerca y no puedo abalanzarme sobre él.

—Vaya, no eres precisamente una mujer inocente e inofensiva...

—Créeme, con Cameron, nada de eso está permitido. —Se mordió el labio—. Es diferente.

—Eso ya lo he oído antes.

—Esta vez va en serio. Nunca he conocido a ningún hombre como él.

—Sólo espero que merezca la pena. —Bellatrix movió los labios.

—Por supuesto que merece la pena, de lo contrario no perdería mi tiempo intentando verle todo lo posible.

Bellatrix pasó a los brazos, manos y dedos para el masaje.

—Hay algo que no entiendo —dijo.

—¿El qué?

—¿Por qué estás tan obsesionada con él?

Erika suspiró otra vez, a sabiendas de que ni siquiera su mejor amiga era capaz de entenderla.

—No es obsesión.

—Vale, entonces quieres decir que empiezas a sentir algo más que simple atracción.

Se quedó sin aliento.

—Claro que siento algo más que atracción. Es tensión, algo que no puedo describir con palabras. Es pura adrenalina, me hace sentir viva y muy deseada. ¿Qué tiene de malo?

—Erika, no te pongas a la defensiva. Aquí nadie ha dicho que sea malo. Lo único que digo es que empiezas a sentir algo más profundo y sentimental. No te andes con rodeos y ten el valor para decírmelo.

—¿Decirte qué?

—Todo el mundo podría darse cuenta. Estás enamorada de él —dijo su amiga mientras ponía los ojos en blanco.

El cuerpo de Erika sufrió una potente sacudida. Esas palabras constituían un asunto mayor y peliagudo. No quería ni oír hablar del tema.

—No, ni hablar. No quiero pasar por lo mismo de siempre. No quiero sufrir. —Su lengua se movió antes que su cerebro, intentando despejar todas las dudas—. Te garantizo que no estoy enamorada de él.

—Ya, pero no puedes engañarme. Vamos, te creo cuando dices que no le quieres, pero sé sincera. ¿Cuánto tardarás en hacerlo? Te pasas horas hablando de él sin parar, atenta a sus movimientos, esperando sus llamadas, sus mensajes... —Cruzó los dedos—. Eso no puede ser bueno para alguien como tú.

—¿Alguien como yo?

—Tú querías sexo, ¿recuerdas? Sin ataduras ni compromisos, sin querer ir más allá.

—Bellatrix, mírame. —Se incorporó levemente—. Por supuesto que sigo queriendo sexo. —Sus ojos brillaron de forma pícaro—. A día de hoy es lo más gratificante que he obtenido por parte de los hombres.

—¿Y ahora?

—Ahora también. —Elevó el rostro para aparentar serenidad—. Lo creas o no, nada ha cambiado.

—Pero nunca te había visto así, tan... plena.

—Eso es porque he aprendido a disfrutar al cien por cien. No niego que Cameron ha tenido mucho que ver, pero sigue siendo uno más.

—¿Uno más? —se burló—. ¿De qué estás hablando? Desde que andáis enredados te has olvidado del resto.

—Bueno, hay una razón.

—¿Cuál?

Contuvo el aliento antes de contestar.

—Me da absolutamente todo lo que necesito.

—¿Todo?

—Todo y más. —Se relamió los labios—. No creo que sea necesario jugar con varios si uno puede ofrecerme cosas que ni siquiera sabía que existían.

Bellatrix se divertía con esa descripción mientras proseguía con su trabajo.

—Ya veo que es imaginativo.

—No, eso es un calificativo muy pobre para describirle. Es un hombre... en todo el sentido de la palabra.

En ese momento el teléfono móvil de Erika sonó a lo lejos, pero ni se inmutó.

—¿No vas a cogerlo?

—No —contestó tranquilamente—. Por hoy, se acabó el trabajo.

—A lo mejor no es quien tú crees...

—Si estás pensando en Cameron, puedo asegurarte que no es él. Nunca me llama antes de encontrarnos.

—Puede que te equivoques.

—Será alguno de mis jefes insistiendo para que les eche un cable. No pueden hacer más de dos cosas a la vez —dijo Erika mientras negaba con la cabeza sin alterarse.

—Bueno, a juzgar por lo que has dicho hace un minuto, hay alguien que sí.

—Siempre hay excepciones.

Una parte del masaje acabó. Bellatrix proseguía, pero lanzó al aire algo inesperado. Su naturaleza era imperturbable, y el incesante deseo de averiguar más sobre el hombre que había embaucado a su amiga la tenía en ascuas.

—¿Y su mujer? —espetó.

—¿Qué pasa con ella?

—¿No sabe nada de lo vuestro?

Ante esa pregunta inoportuna, Erika se dio parcialmente la vuelta y miró a su amiga con el ceño fruncido.

—¿Estás loca? ¿Cómo va a saberlo?

—Bueno, sólo preguntaba...

—Ya sabes lo meticulosa que soy para todo, y mucho más con esto. Me lo tomo muy en serio, y no quiero correr riesgos.

—¿Sabes? La mejor manera de no asumir ningún riesgo es dejar esa locura antes de que salga mal —suspiró su amiga mientras continuaba con el masaje.

No obtuvo respuesta. En su fuero interno, Erika sabía que Bellatrix tenía toda la razón, pero iba en contra de sus propias creencias. Se había hecho a él, ajustado a su medida y necesidad. No podía dejarle. Hacía que la vida tuviera sentido para ella.

—¿Me has oído?

—Claro que sí, pero ya sabes cuál es la respuesta.

—Como siempre, una negativa tajante.

—Y definitiva, Bellatrix. —Sólo imaginarse lejos de su perfecto caballero le destrozaba el corazón—. No pienso alejarme de él.

—Pero algún día tendrá que acabarse.

—Sí, pero no será hoy. —Su paciencia estaba llegando al límite.

—Pero...

—¿Qué?

—¿La conoces? Me refiero a su mujer —quiso saber su amiga, muerta de curiosidad—. ¿Has podido verla alguna vez?

—Sí —admitió con reticencia y molestia en su interior—. La he visto un par de veces en la oficina. Es realmente atractiva, eso es algo innegable, pero algún error debe haber en su matrimonio si él está dispuesto a buscar en otra lo que necesita.

—¿Y ella le será infiel?

—No lo creo. Elizabeth Moore es casta y fiel. Es de esas personas que lo dan todo por los demás. Sabe lo que tiene, y tal vez no quiere perderlo bajo ninguna circunstancia.

—Bueno, eso es algo que tenéis en común, Erika. Pero supongo que Cameron no puede partirse en dos. Tendrá que elegir.

Erika se levantó de la camilla de repente y se envolvió el cuerpo con el albornoz, dando por acabada la sesión.

—Ya lo ha hecho.

## 2

¶Eran las once de la noche y estaba deseando que el tiempo volara sobre las manecillas del reloj. Sucumbía ante la espera ardiente y los delirios se sucedían de manera catatónica hasta alcanzarle el último tramo de piel que podía aspirar a mantener el control. Apenas había probado bocado, ya que el hambre que tenía no era fisiológica, sino una mucho más carnal. Por eso se mordía el labio con gran impaciencia.

Se había arreglado con delicadeza, vistiendo de categoría, con un carísimo vestido color burdeos de escote sugerente tanto por delante como por detrás, y una sugerente abertura a lo largo de la pierna. Llevaba el pelo suelto tal y como a Cameron le gustaba; unos finos pendientes de diamantes, maquillaje justo y tacones de prestigio. Estaba más que preparada, lista y a la espera. Los punzantes nervios a la altura del vientre seguían haciéndole compañía cuando llegó la hora de empezar con el ritual adquirido. Bajó en el ascensor rodeada de unos cuantos vecinos extremadamente curiosos y accedió a la calle, donde el portero ya estaba esperándola con la puerta del coche abierta.

—Gracias, Arnold —apuntó Erika.

—Como siempre, es un placer —contestó el anciano—. Que pase una buena noche, señorita Osborn.

Ella sonrió por ese comentario. Para qué mentir; era precisamente lo que pensaba hacer, disfrutar, dejarse llevar y volverse loca con el contacto de esos dedos y esas manos de

su dios romano, reencarnado en un ejecutivo actual que vestía con corbata y adoptaba múltiples formas para alcanzar sus objetivos.

Condujo con precaución, pero las manos tensas alrededor del volante delataban su inevitable ansia por llegar a su encuentro. Tenía tiempo más que suficiente para llegar y esperar, pero quedarse cruzada de brazos en casa no era una opción. Era propensa a buscar deliberadamente el peligro y la alta tensión ya recorría sus venas; la sangre le hervía, anhelando desesperadamente el impacto y la colisión de esos cuerpos que al parecer estaban destinados a entenderse, tanto en la cama como fuera de ella.

Aparcó el vehículo en una calle poco transitada y salió de él, comenzando una caminata que más bien podía compararse con un ritual de danza erótico. Las caderas seguían su movimiento; su cabeza, bien alta por encima de los hombros, el cabello bailándole sin dificultad, los ojos vivos y achispados por la promesa inminente de un nuevo vínculo que desataría su locura. Se sentía tan bien y con tanta gloria almacenada sobre su piel que albergaba con furia lo que estaba por venir.

Encontró el acceso al metro y no se lo pensó dos veces para bajar por el tramo de escaleras. No tuvo ningún tipo de problema cuando fue catapultada al punto de mira, desatando admiraciones desapercibidas. Todos los ojos de esos transeúntes nocturnos le hacían un hueco para que pudiera pasar. Era como si la perfección se hubiera quedado obsoleta a su paso. No había nadie como ella y, teniéndolo bien presente, proseguía su caminata mientras el público se cerraba en sí mismo para no caer fulminado bajo la atenta mirada fugaz de Erika.

Dejó que el tiempo volara hasta la media noche, hora en la que todo cambiaría... para bien. Se encontraba sentada en uno de los vagones del último metro que rondaba por Manhattan a esas horas. Había contado demasiadas estaciones pero ya no importaba, se estaba acercando al punto de partida y por ello se retorció las manos a la altura del regazo, con la piel de gallina, el pulso acelerado y las pupilas dilatadas. Todo un mensaje subliminal capaz de gritar bien alto esa promesa que no dejaría indiferente a ninguno de los dos. Tenía bien presente que aquel sería un grandioso regalo de cumpleaños, ya que había

alcanzado un nuevo día y deseaba ser el centro de todas sus atenciones.

Y de repente, todo cambió. Las puertas de su vagón se abrieron con ese sonido tan característico y no pudo evitar rodar los ojos para provocar el primer contacto visual. Estaba eufórica, plétórica, y cómo no estarlo. Lo había estado esperando durante todo el largo día, y por fin todo había acabado. La locura se desataba allí.

Erika permaneció sentada en su sitio, con las piernas seductoramente cruzadas, aguardando a que el último pasajero anónimo saliera de allí. Para compensarlo todo, su objetivo varonil entró de súbito en cuestión de segundos. Vestía con camisa negra, ligeramente abierta, con esos pantalones tan exclusivos que resaltaban su espléndido trasero.

Tal vez podrían meterse en un buen lío, pero sobornar al conductor del metro, así como a los vigilantes para darles algo de intimidad nocturna, había sido una de las mejores ideas hasta la fecha. Podían desatar su pasión en cualquier otra parte, pero saltarse las normas morales y decidir el sitio exacto de sus encuentros era muy gratificante. Por eso, el hecho de devorarse mutuamente en un escenario público resultaba más excitante que una simple habitación de hotel. Les saciaba por completo, y es que ambos sabían que el envoltorio era casi tan importante como el contenido de sus propias fantasías.

Erika se levantó cuidadosamente y movió su pierna para dejarla al descubierto, lejos de la tela del vestido. Suspiró y se mordió el labio, mientras anhelaba que su pretendiente se acercara poco a poco, arrinconándola. Y eso fue justamente lo que pasó. Esos ojos azules se le clavaron con una hostilidad que rozaba lo dulce, y entonces se deshizo por dentro.

—Creí que ya no vendrías —murmuró él, conteniendo las ganas de besarla—. Has tardado demasiado.

—Sabes que la puntualidad no es mi fuerte —ronroneó al mismo tiempo que aleteaba sus pestañas de manera descarada.

—Entonces, espero que puedas compensarme.

—Desde luego, soy la candidata adecuada para ello.

Justo después de decir aquello, se lanzó a por él, empujándole hasta el otro lado del vagón, apresándolo contra uno de los cristales. Sus lenguas se saludaron con efusión, sus finos dedos juguetearon con el pelo rubio de él, acariciándole

exageradamente para no perderse ningún detalle de ese majestuoso ejemplar que era capaz de desatar pasiones con un mísero chasquido de dedos.

—Vaya... —dijo él, tomando aliento después del primer contacto—. Estás más ansiosa de lo habitual.

—Precisamente. —Bajó su mano hasta la entrepierna de su caballero andante, deseando comenzar el festín—. Un año más de vida implica más... lujuria.

Cameron sonrió, mezclando una tenacidad pasmosa y una sensualidad capaz de derretir el hielo.

—Vas a tener que demostrármelo. Pero antes... —Se metió la mano en uno de los bolsillos del pantalón y estrago una pequeña cajita oscura—. Cierra los ojos.

Erika había estado esperando una muestra de ese calibre. Sabía perfectamente que Cameron nunca se olvidaría de su cumpleaños, y esa era la prueba más evidente. Para ser un hombre, tenía buen gusto en cuanto a obsequios para las mujeres, así que estaba segura de que fuera lo que fuese, le encantaría. ¿Qué sería esta vez?

—No me pidas eso —dijo con voz de adolescente inocente—. Ya estoy lo suficientemente nerviosa como para cerrar los ojos y no saber lo que tramas hasta el último segundo.

—Créeme, sólo será un momento —insistió dulcemente—. Te garantizo que merecerá la pena.

—Eso ya lo sé, pero siempre encuentras el modo de desquiciarme hasta el punto de volverme loca.

—¿Y acaso no es una de las cosas que más te encantan? —Arqueó una ceja.

Erika acabó por ceder y sus párpados se cernieron sobre sus ojos. Justo después percibió un ligero cosquilleo en el cuello, acompañado de un tacto pequeño y frío.

—Bueno, creo que ya puedes abrirlos.

Cuando su vista se enfocó en el punto adecuado, vislumbró el colgante más precioso que había visto nunca. Un diamante tallado en forma de lágrima y rodeado de oro blanco.

—Oh, Dios mío... —Se había quedado sin palabras—. Es precioso.

—Sí, pero no tanto como tú. —La besó en la comisura del labio—. Feliz cumpleaños, Erika.

Ella se lanzó a sus brazos y le comió a besos, primero de naturaleza casta y luego más envolventes, hasta que perdió el control.

—No sé cómo agradeceréte, Cameron.

—¿De veras? Yo creo que sí. —Le pasó los dedos por la columna hasta llegar a la parte lumbar—. Sabes exactamente cuál es la manera de hacerlo. Me conoces a fondo, más que cualquier otra persona.

—¿Y sabes por qué? —susurró ella, mordiéndole el lóbulo de la oreja—. Estaba destinada a usted nada más poner un pie en la empresa, señor Moore. —Le desabrochó lentamente la camisa, hasta que su torso y esos abdominales salieron a la luz—. No me diga que no se dio cuenta. Me enganché a usted antes incluso de ser consciente de ello.

—Es posible —susurró—. Creo que fue algo mutuo. —Cameron sonrió de medio lado, como un seductor nato.

—¿En serio?

—¿Acaso te mentiría? —Deslizó el dedo por el hombro derecho de Erika y le quitó uno de los tirantes del vestido—. Eres una mujer extraordinaria.

—Me lo dicen muy a menudo. —Erika sonrió e intentó no ruborizarse.

—¿En serio? Permíteme que lo dude. —Bajó su mano hasta la larga pierna de ella y comenzó a subir de nuevo, provocando que la electricidad y la tensión se agitara y subiera como la espuma—. Apuesto a que no has permitido que ningún hombre como yo te diga lo mismo.

—Exacto, porque me he dado cuenta de que no hay nadie como tú. —Pegó sus labios al oído de él—. Nadie.

—¿Es un cumplido?

—Me temo que es mucho más que eso. Es una verdad irrevocable.

Acto seguido, Cameron la levantó del suelo y le ordenó suavemente que se sujetara a una de las barras fijadas en la parte superior del vagón. Erika obedeció y dejó que su amante actuara en primer lugar, rompiendo el hielo.

—Esta noche eres toda para mí —murmuró Cameron al mismo tiempo que inspeccionaba cada parte corporal de su compañera femenina, observándola desde su posición—. Toda mía.

—Sí, pero es algo mutuo, no te olvides —contraatacó Erika utilizando sus piernas para enroscarse en la cintura del hombre que estaba a punto de hacerla explotar de emoción.

La escena iba volviéndose más eufórica, con la temperatura ardiendo, eclipsando al mismo infierno. Eran innovadores, siempre probaban cosas nuevas, pero teniendo la seguridad de que sus gustos se amoldaban perfectamente a los del otro.

Cameron seguía con su táctica de allanar el camino que tenía intención de degustar más a fondo de un momento a otro. Con su mano bajo la tela de aquel vestido que dejaba casi toda la anatomía de Erika a la vista, conseguía que ella echara la cabeza hacia atrás, conteniendo la respiración y el aliento. Rozaba cuidadosamente la fina tela del tanga y el contacto de sus dedos con la piel de ella provocaba cortocircuitos.

—Me encanta verte así —dijo esperando encontrarse con sus ojos.

—¿Así cómo?

—Tan expuesta.

Erika no se esperaba esa respuesta y terminó por sonrojarse. Se soltó de la barra y se apretó contra el cuerpo de él, abrazándole y sintiendo su aroma de caballero exquisito.

—Eres el único hombre que consigue hacerme sentir desnuda incluso antes de quitarme la ropa. —Le cogió la cara entre las manos y le pasó la lengua por una de sus mejillas—. ¿Sabes lo difícil que es eso?

Para corresponderla, Cameron la besó con violencia, mordiéndole el labio y tirando de su pelo con decisión pero sin hacerle daño. Acabó por moverse por el vagón y se precipitó en uno de los asientos, con Erika sentada sobre él a horcajadas.

—No sé cómo lo haces, pero siempre me sorprendes. A primera vista nadie diría que eres una mujer tan... insaciable.

—Intento pasar desapercibida la mayor parte del tiempo, pero lo que pasa entre tú y yo es otro asunto. —Se movió y le quitó la camisa para arrojarla al suelo a un metro de distancia—. No tengo ninguna necesidad de esconderme y creo que estás encantado de que no lo haga.

—Por supuesto. —Le pasó los dedos por la curva de su liso vientre, explorando el límite. Anhelaba poseerla, estar

literalmente dentro—. Quiero que seas tú misma. No disimules, no te inhibas, no te reprimas, Erika. Sólo déjate llevar.

—Eso ya lo estoy haciendo, de lo contrario no estaría encima de ti en este momento.

Ambos sabían que era tiempo de dejar de hablar. Pasar a la auténtica práctica era más entretenido, y cuando la camisa y el vestido fueron a parar al otro extremo del vagón, la carrera desenfadada dio comienzo con un arsenal infinito de besos, caricias, mordeduras, movimientos rápidos y precisos, respiraciones agitadas, murmullos ahogados por el propio deseo de sus cuerpos, haciéndose añicos por el afán de sentirse más cerca.

Erika se sentía triunfal en los brazos de él. Incapaz de parar incluso para tomar aliento, se enzarzaba en una pelea que no consistía en saber quién de los dos ganaría. Se trataba de un asunto de conexión vital, de averiguar hasta qué punto eran capaces de saciarse el uno al otro sin necesidad de apagar la llama que les mantenía a la espera. Cuando la joven agarró los pantalones de él y le bajó la cremallera, la excitación que la embargaba se triplicó. Era suyo y era... condenadamente perfecto. Solía darle un papel importante a los preliminares, pero en aquel momento estaba tan ansiosa que sólo esperaba llenarse de él.

La ropa interior estorbaba más de lo debido, así que después de dedicarse una mirada mucho más que ansiosa, Cameron se deshizo del sujetador que adornaba la parte superior del cuerpo de su presa y la devoró palmo a palmo, sin prisa. Sus labios bajaron por ese cuello tan firme y perfumado hasta llegar a los senos. Los había visto un millón de veces, y aun así, seguía sintiendo la emoción de los primeros encuentros. Acaparó con su boca un pezón y lo succionó con cuidado, siendo plenamente consciente de que el placer liberado no tardaría en fluir, ya que Erika soltó un gemido gutural, proclamando su visto bueno. Conforme, Cameron prosiguió con su arte amatorio. Paseó su lengua por esa piel tan delicada y rosada al mismo tiempo que sus dedos se entretenían con el otro pezón. Jugaba a dos bandas y demostraba que podía hacer varias cosas a la vez sin perder por ello eficacia. Percibía un ligero temblor en la anatomía de aquella mujer, pero no tenía ninguna prisa por acabar. Descendió hasta acabar en el ombligo, acariciándolo en seductores círculos mientras buscaba con la mirada las pupilas

encendidas de Erika. Cuando las encontró, apostó por su parte favorita. Tiró de la goma elástica del tanga hacia abajo y segundos después acabó con él en la mano. No pudo evitar pensar que aquella diminuta prenda podía ser considerada un trofeo. Uno de tantos, en realidad. Lo dejó a un lado y cesó lentamente en sus movimientos. El privilegio de quedarse desnudo era un honor que inevitablemente cedía a su compañera.

Por su parte, Erika captó el mensaje y cogió las riendas de la seducción. Asió los *boxers* de él y con suavidad letal los desplazó hacia abajo, notando la erección presente. Cuando al final liberó la furia contenida, Cameron la levantó por última vez y acto seguido la empujó contra sí mismo, quedando atrapada en el acto. Entonces Erika cerró los ojos, aun sabiendo que podía ver con los otros sentidos restantes. Se mordió el labio debido al fuerte torrente de fuego que le mordisqueaba el bajo vientre. El corazón le golpeaba con tanta fuerza el pecho que temía desmayarse. Tenía cada centímetro de piel ardiendo, con un ligero rastro de sudor que se volvía evidente con la fricción constante que les embaucaba a la desesperación.

Cuando los dos empezaron a moverse al unísono, la sensación fue tan agradable y armónica que sólo podía vislumbrarse como algo divino, ajeno a cualquier experiencia terrenal. Sin querer, ella pedía más. Nunca esperaba menos de lo debido porque tenía experiencia en recibir mucho más en cada acometida. Le sentía tan adentro que incluso llegaba a doler, pero no importaba. La hacía sentir única y correspondida. Acostarse con un hombre como Cameron representaba el exponente más elevado del sexo.

Desnudos, expuestos a las ganas de saciar su apetito carnal, ambos degustaban los placeres más gratificantes de la vida. Llegaban hasta puntos insospechados, canalizando la furia, expresando sus dolientes anhelos por llegar a la gloria.

—Terminarás por volverme loco —jadeaba él hundiéndose su boca en la de ella mientras insistía en fundir sus manos con ese trasero de ninfa que le provocaba los deseos más indebidos. Una pulsión incontrolada.

Incapaz de contestarle, Erika le mordió el cuello, pasando la lengua por esos fuertes pectorales. Se le quedaba un fuerte sabor en la boca, pero era terriblemente delicioso y todo para ella.

—Eres el mejor bocado que he podido degustar, Cameron. Nunca voy a cansarme de ti.

—Eso espero —susurró mientras se hundía todavía más ella con una sacudida prominente—, porque no pienso permitir que me aborrezcas cuando te tengo justo donde quiero.

Ella esbozó un rostro saturado de deseo y conformidad, un siseo entre dientes mientras acoplaba sus caderas en las coordenadas adecuadas para recibirle en todo su esplendor, sonriendo y llegando al punto y final.

La cortina de vapor, sudor y pasión que les envolvía se cerraba sobre ambos sin ninguna piedad. La sensación de saberse comprometidos al completo rebosaba el cupo de lo meramente soportable. Podrían pasar horas allí, pero el desenfreno abogaba por terminar... Una experiencia que iría a parar directamente a un lugar imborrable.

—Mírame —susurró él al mismo tiempo que le levantaba la barbilla y la embestía con decisión—. Aquí me tienes.

—Exactamente igual que yo —correspondió Erika clavándole las uñas en los hombros—. Estoy aquí, contigo.

Podía sentirle tan adentro de su sexo que las lágrimas estaban prácticamente al borde de sus ojos. La tensión de sus músculos provocaba que estuvieran al rojo vivo, mordiéndole las entrañas, quemándole cada poro, suplicando desesperadamente que todo aquello acabara de una vez para así poder degustar las mieles del éxito.

—Oh, Dios...

—Eso es —insistió Cameron incrementando el ritmo—. Ya casi hemos llegado.

Segundos después, cuando la conexión no podía ser más empática, la explosión se hizo patente, con los sonidos de aquellas gargantas llenando todo el espacio vacío. Erika se derrumbó sobre el pecho de él, tratando por todos los medios de recuperar el aliento. Eso era precisamente lo que tanto buscaba en un hombre. La eterna relación de carácter esporádico sin ansias de escalar a lo más alto. Lo que le avivaba la chispa era saber que la posibilidad seguía latente, justo bajo la superficie. Era cuestión de tiempo, pero mientras se preguntaba si lo que sentía por ese ser tan influyente podía ser catalogado como enamoramiento, el placer por llegar al clímax era

suficiente para cortar de raíz las voces de su conciencia medio dormida.

Eran cerca de las tres de la madrugada cuando esa cenicienta sin tapujos debía volver a casa. El encuentro había sido satisfactorio, al igual que todos los demás, con una promesa de que el siguiente no se demoraría demasiado.

Reinaba una paz reconstituyente, con la oscuridad acechando al otro lado. Habían vuelto al punto de partida, pero todavía quedaba volver a subir a la superficie, respirando el aire de la ciudad que nunca duerme.

Ella se colocó el vestido sobre su extasiado cuerpo mientras tarareaba una canción. Se miró en uno de los cristales, observando que su pelo no tenía remedio, no después de lo que acababa de pasar.

—Mira lo que has hecho —dijo burlándose de él—. Conseguirás que crean que soy una de esas mujeres que vende su cuerpo al mejor postor cuando nadie la ve.

—Me temo que eso no es del todo cierto. —La abrazó por detrás, dándole un beso en la nuca—. Eres de mi propiedad. Nadie más tiene derecho a tocarte.

Erika ignoró el hecho de que el trato no se cumplía por parte de Cameron. Él era quien estaba casado, quien tenía a dos mujeres a su plena disposición, pero pensó que lo mejor era no decir nada; no deseaba romper la magia de esa noche que había sido tan agotadora como suprema.

—No voy a buscar en otro hombre lo que tú sabes darme. Es bastante sencillo y lógico, ¿no crees?

—¿Significa eso que estoy a la altura de tus expectativas?

—Por el momento, sí. —Se dio la vuelta y le agarró el trasero con decisión—. Tiene un talento natural para conseguir lo que se propone, pero yo también sé jugar, señor Moore.

—De eso ya me he dado cuenta...

—Pues aún no has visto nada.

Cameron se pasó la lengua por los labios al pensar en las posibilidades que conllevaba esa amenaza.

—Creo que seré capaz de afrontarlo.

—Oh, admitámoslo —murmuró Erika, justo antes de salir por las puertas abiertas del vagón—. Soy mucho más que tu talón de

Aquiles. Represento el aire que necesitas para respirar así que, por mi parte, no hay necesidad de fingir.

—Tú y tus metáforas...

—Está en mi carácter. —Se encogió de hombros—. No me gusta ser tan... evidente.

—Pues para mí sí lo eres. Te he calado.

—No lo niego, pero si ha sucedido es porque era precisamente lo que yo quería. Ya sabes que esto es cosa de dos.

Estaba a punto de marcharse cuando la mano poderosa de él la agarró de la muñeca.

—¿Adónde crees que vas? —dijo envolviéndola en sus brazos—. Todavía no he terminado contigo.

—No tengo ninguna intención de escapar.

—¿No? Pues es lo que pensabas hacer.

—El tiempo se nos ha acabado y toca despertar. No es lo mismo.

—Me encantaría quedarme aquí para siempre. —Un atisbo de impotencia surcó su cara de dios romano y poderoso.

—Sí, pero esto es la realidad y tienes que volver a casa con tu familia.

Erika sabía que ese último comentario había estado fuera de lugar, pero no pudo evitarlo. Tener presente que al despedirse él se marcharía junto a la mujer con la que estaba casado le rompía los esquemas.

—Sabes lo mucho que significas para mí, Erika. No eres un simple capricho.

—Lo sé.

—Pues tengo la sensación de que a veces lo olvidas. —Le dio un beso tierno en la frente—. El hecho de que esté casado no cambia lo nuestro. Para mí eres la única.

Ella se extasió con esa declaración, deseando con todas sus fuerzas que fuera cierto.

—¿Sabes? Hay muchas formas de parar un corazón, y yo tengo la capacidad de interrumpir el pulso del tuyo cuando lo considero oportuno.

—Jaque mate —dijo Cameron con una sonrisa de oreja a oreja.